

dos; porque no creían que en tan poco tiempo, y estando el reino tan exhausto con las calamidades pasadas, hubiera podido Topiltzin levantar tropas con que oponérseles y salirles al encuentro.

No estaba el rey Toltecatl en ánimo ni en disposición de medir sus fuerzas con las del contrario cuerpo á cuerpo en campaña; mas advirtiendo su viveza la sorpresa del enemigo, determinó presentarle su pequeño ejército, amagando embestirle, con ánimo solamente de observar sus movimientos. Así lo ejecutó; y viéndole suspenso y sin acción, le ofreció prontamente su discurso un medio con que lograr una tregua en que poder prevenirse y juntar ejército competente, y por ventura en el medio tiempo ordenar de suerte las cosas, que restituyese á sus pueblos su antigua paz y felicidad. Este fué enviar dos señores de su ejército, que con señas de paz llegasen al contrario, y dijese de su parte al general que lo mandaba que allí le tenían pronto con su ejército á embarazar sus progresos, y que á la tropa que tenían presente seguían otras muchas que dentro de poco tiempo llegarían á su socorro, en cuya confianza ya les hubiera embestido, si no le contuviera el saber que esta acción era contra la política de la guerra establecida y observada entre sus mayores de tiempos muy antiguos en el imperio Chichimeca; pues de la declaración de la guerra á su rompimiento debían pasar diez años, en cuyo espacio pudieran las potencias beligerantes proveerse y prevenirse de todo lo necesario: pues era cosa indecorosa é indecente acometer á un contrario desarmado y desprevenido.

Esta pronta determinación del rey produjo puntualmente el efecto que deseaba: porque el rey Hue-

huetzin, que era el que mandaba el ejército enemigo, ó creyendo cierta la pronta llegada de las numerosas tropas que venían en socorro de aquel pequeño ejército, que no hubiera tenido la osadía de presentársele sino fuera en esta confianza, ó queriendo emular la bizarria de Topiltzin en guardar la política de la guerra, dando á sus contrarios diez años de término para prevenirse á ella, condescendió luego en retirarse, ofreciendo no hacer hostilidad alguna, y devolver las poblaciones que habían ocupado; pero protestando que dentro de diez años volvería con numeroso ejército á destruir el reino Toltecatl, sin perdonar su enojo ni á las aves, ni á las fieras, ni á las plantas; que dijese á su rey (dijo á los mensajeros) que tiempo tenía para prevenirse, que procurase juntar muchas tropas, que cuantas mas fuesen tanta mayor sería su destrucción, y tanto mas gloriosa su victoria. Con esto se retiraron entrambos ejércitos, sin haber llegado á acción alguna, y los enemigos cumplieron la palabra de restituir las poblaciones que habían ocupado, y no cometer hostilidad alguna en su retirada, ni despues en sus fronteras.

CAPITULO XXXIII.

En los diez años de la tregua procura Topiltzin restablecer la observancia de las leyes, castigando severamente á los transgresores, y hace todos sus preparativos para la guerra. Vuelven sus enemigos con numeroso ejército, y despues de mas de tres años de guerra, destruyen el reino, lo saquean y se vuelven, dejándole despoblado.

Volvió Topiltzin á su corte consolado, y con la

esperanza de que durante la tregua podrian recuperarse sus vasallos de las calamidades padecidas, y prepararse para la defensa. Su primer cuidado fué restablecer la observancia de las leyes, castigando severamente á los transgresores, y entónces juzgo que fué cuando le dieron el renombre de Topiltzin, que como he dicho le interpretan *justiciero*.

No solo confirmó todas las leyes de sus mayores, sino tambien estableció algunas otras, que aunque no nos las refieren individualmente, asientan que todas se dirigian á impedir los muchos y graves desórdenes de que se habia llenado el reino, embarazando los hurtos, muertes, embriaguez, mentira, y sobre todo la sensualidad que era el vicio dominante, obligando en primer lugar á los sacerdotes y sacerdotizas, no solo á guardar castidad como estaban obligados segun su institucion, sino á apartar las ocasiones y precaver los riesgos con la modestia de los ojos, compostura del cuerpo, retiro y reclusion; de suerte que cualquiera falta de estas era severamente castigada.

Obligó á los casados á contentarse con una sola muger, castigando con igual severidad no solo los delitos públicos y probados, sino tambien los secretos, y aun las mas leves sospechas; y finalmente hizo cuantos esfuerzos le fueron posibles para restaurar el reino á su antigua rectitud y probidad de costumbres, y comenzando por sí mismo la reforma, procuró portarse de manera que fuese el modelo y dechado de ellas, y el espejo en que se mirasen sus vasallos.

Pero habia echado el vicio tantas raices, y se habia aumentado tanto en poco tiempo el mal, que no fueron bastantes todas sus diligencias para el total re-

medio, pues parece que al paso que agravaba los castigos se multiplicaban les delitos, y por una cabeza que cortaba á esta monstruosa hidra, le renacian ciento: lamentable pension de la humana flaqueza, que una vez presa en las cadenas del mal, es muy trabajoso desasirla de ellas, y lo que en un instante pervirtió el vicio le cuesta mucho tiempo á la virtud restaurarlo.

No se descuidó el rey en tomar todas las providencias necesarias para levantar tropas y disciplinarlas, y en hacer la provision necesaria de armas ofensivas y defensivas. Aquellas eran arcos, flechas, dardos arrojadizos, porras claveteadas de puas, macanas y hondas; y estas eran rodela de pieles secas de animales cubiertas y adornadas de plumeria de varios y diversos colores, morriones de oro, plata y otros metales, y de pieles de animales.

La gente principal usaba de unos sayos de algodón colcheado y respunteado entre dos lienzos, que resistia de tal suerte el golpe de una flecha, que eran impenetrables. Estos eran largos que les llegaban hasta los tobillos, labrados de varios colores, y debajo otras túnicas blancas del mismo lienzo muy delgado. En los tiempos posteriores usaron de estos mismos sayos los texcucanos y mejicanos, pero mas cortos, pues solo les llegaban á los muslos porque no les embarazasen al andar; y los españoles, que probaron su resistencia, usaron tambien de ellos en la conquista para su defensa contra las flechas y dardos. Pero por lo general, y el comun de la tropa peleaban desnudos, pintándose los cuerpos de varios colores, con solos unos pañetes que les servian de calzoncillos, y cubrian lo mas ver-

gonzoso hasta la mitad del muslo, y sobre ellos, rodeado de la cintura, una especie de tonelete de plumas, que descendía casi hasta la rodilla, que también resistía á las saetas, y les era de bastante defensa.

Atravesaban por el cuerpo una banda de las mismas plumas, que descendía desde el hombro derecho y venía á unirse en la cintura por debajo del brazo siniestro: en esta mano la rodela y el arco, si era flechero, y la flecha en la diestra; y si no lo era, llevaba en la diestra la macana ó la honda, porra, ó dardo, y en la siniestra solo la rodela. Los flecheros llevaban sobre la espalda el carcax con la provision necesaria de flechas, y los honderos llevaban la de piedras por delante, colgada de la cintura en una especie de bolsa. Todos llevaban adornos de plumas en las cabezas, mas ó ménos ricos, segun la calidad de las personas; y todos para salir á campaña se adornaban el cuello, pecho, brazos y pantorrillas de aquellas alhajas de oro y piedras mas preciosas que tenían.

Levantó Topiltzin numeroso ejército, no solo de hombres, sino también de mugeres, que voluntariamente se alistaron en defensa de su patria y libertad: accion muy plausible, y muy correspondiente á las circunstancias del empeño, habiendo ellas sido cómplices en el delito que atrajo este castigo. No quiso desentenderse de ello la reina Xochitl, sino ántes bien mostrándose comprendida en la obligacion se declaró gefe de aquella tropa, manifestando á pesar de su avanzada edad la magnanimidad y grandeza de su bizarro espíritu.

Procuró el rey disciplinar y ejercitar sus tropas

con el mayor esmero; y acercándose ya el tiempo de cumplirse la tregua, se puso en campaña á los principios del año de diez pedernales, que corresponde al de 1112, y dividió su ejército en dos trozos, nombrando de general del uno á un principal señor, llamado Huehuetenuxcatl, hombre anciano, de conducta, talento y madurez, á quien dió la orden de avanzarse con su tropa hácia las fronteras del reino, para recibir y contener á los enemigos, y el rey se quedó con el otro ejército en Tultitlan, haciéndole su plaza de armas, y mandando que concurriesen allí todas las reclutas y levadas que se continuaban á hacer en todas partes. Marchó el general Huehuetenuxcatl con su ejército en demanda de los enemigos, y á cien leguas de la ciudad de Tollan, tuvo noticia por sus espías, de hallarse ya cerca de allí con un ejército numerosísimo, dividido en tres trozos, que mandaban los tres régulos, y venía talando y asolando todas las poblaciones, sin perdonar su furia edad ni sexo.

El general Toltecatl situó su ejército en un terreno ventajoso, y comenzó á fortificarse, que esto lo ejecutaban abriendo profundas zanjás, y con la tierra que de ellas sacaban, formaban albarradones con que cubrirse. También se valían en sus guerras de otros ardidés, como era hacer profundos hoyos, en que clavaban cantidad de estacas, con puntas muy agudas hácia arriba, las que cubrían de ligeras ramas que pudiesen sostener alguna tierra, con que igualado el piso quedase cubierto el engaño, y al pasar por encima los enemigos, hundiéndose con el peso aquel artificio, perecían muchos en la trampa. Usaban de emboscadas y muy frecuentemente se valían de em-

ponzoñar las aguas de los arroyos, ó fuentes de que pudieran beber sus contrarios, con lo que les causaban grandes estragos.

Apénas se avistaron los dos ejércitos, se embistieron furiosos, y duró el choque todo el día, con mucha mortandad de entrambas partes, hasta que los separó la oscuridad de la noche, sin declararse la victoria por ninguna de las dos partes: mas como el ejército enemigo era incomparablemente mas numeroso, determinó el general Toltecatl, retirarse á fortificaciones, procurando adelantarlas y reforzarlas, y desde ellas incomodar al enemigo, resistiéndole el paso, sin aventurarse otra vez á una accion general, hasta dar aviso á su soberano. Así lo ejecutó, y el rey con la noticia del suceso, le envió un considerable refuerzo de tropas mandadas por su anciano padre Tecpancaltzin, cuyo ardiente espíritu no pudo sufrir quedarse en la corte, ni dejar de tomar las armas para acompañar y animar á sus vasallos con el ejemplo. En este socorro iba tambien la tropa de matronas al comando de la reina Xochilt, que desmintiendo el sexo, emulaban la bizarría de los hombres. Aprobó el rey la conducta de Huehuetenuxcatl y la determinacion de no volverse á aventurar á una accion general, sino que respecto á hallarse en puesto ventajoso para impedir el paso á los enemigos, procurase fortificarse bien en él, y desde allí tomase todos los caminos y veredas que conducian á lo interior del reino, cortándoles el paso é incomodándoles cuanto pudiese.

Tres años duró la guerra, y otros tantos se mantuvo el general Huehuetenuxcatl defendiendo vigorosamente el paso á los enemigos, causándoles muchos da-

ños y pérdida de gente, sin que pudiesen conseguir empuñarlo en otra accion decisiva, ni forzar sus trincheras y fortificaciones para abrirse paso á lo interior del reino. No dan noticia en particular de las funciones y reencuentros, que en tan dilatado tiempo no pudieron dejar de ser muchos. Solo dicen, que aunque perdía en ellos mucha gente el ejército Toltecatl, era incomparablemente menor la mortandad que la de los enemigos; mas la superioridad del ejército de estos, y los muchos refuerzos que continuamente les venian, sufragaban abundantemente sus pérdidas, lo que no experimentaba el ejército Toltecatl; porque con las calamidades pasadas, que no habian dejado de repetirse en los diez años de la tregua, aunque no tan atroces, habia quedado el reino tan exhausto de gente, que ya no habia ni mozos, ni viejos, ni hombres, ni mugeres que pudiesen tomar las armas; y así era para ellos mayor pérdida la de un hombre, que para los enemigos la de ciento.

Añadiase á esto la falta de víveres; porque ocupados todos en el manejo de las armas, habian sido muy escasas sus siembras, y minoradas luego por las calamidades, que no habian faltado del todo, ya en uno ya en otro territorio, habian sido cortísimas las cosechas. Finalmente al cabo de tres años quedó reducido el ejército Toltecatl á un tan corto número, que ya era imposible subsistir, ni mantenerse en sus fortificaciones; y la poca gente que habia quedado tan consumida del trabajo de tanto tiempo, y de la hambre, que determinó el general Huehuetenuxcatl retirarse con ella para ir á juntarse con el rey, que ya venia en su demanda, con las cortas reliquias de gente que

le habian quedado, para hacer el último esfuerzo.

Dispuso diestramente su retirada de noche, y por caminos extraviados; pero advertido el enemigo, siguió prontamente el alcance el rey Huehuetzin con el ejército que mandaba, á que seguian despues los otros dos con sus respectivas tropas: mas el general Toltecatl continuó siempre su marcha, burlando los ataques del enemigo, hasta que logró unirse con el rey, que habia suspendido su marcha pocas leguas mas adelante de Tultitlan, con la noticia que tuvo de la retirada de Huehuetenuxcatl.

Habia juntado el rey un competente número de tropas de los últimos resagos que habia recogido de las ciudades grandes, en que habia quedado ya un corto número de personas, y de los otros pueblos que habia dejado enteramente despoblados, y con este ejército determinó hacer el último esfuerzo, aventurándose á una acción general, y previniendo lo que pudiera suceder, mandó poner en salvo dos hijos pequeños que tenia, llamado el mayor Pochotl, y el menor Xilotzin, ordenando que los condujesen á ocultar en la sierra de Toluca, porque no perciese enteramente la raza de los reyes toltecas, si él perdía la batalla y la vida, y encomendó mucho á las amas que los llevaban y á los criados que las acompañaban, á quienes hizo cargo de ellos, que guardasen mucho sigilo, sin que nadie supiese que eran sus hijos, ni aun ellos mismos, y que si acaso lograsen escaparles las vidas, los criasen con igual sigilo, hasta que estuviesen en edad competente para poderles revelar el secreto, é instruirles de quienes eran.

Hecho esto puso en orden su ejército, y lo forti-

ficó cuanto permitió el tiempo; y habiendo hecho un razonamiento en que procuró alentar y esforzar á sus tropas para pelear valerosamente á vista de un transe tan preciso, en que se echaba la última suerte, esperó firme al enemigo, que llegando intrépido, rompió las fortificaciones, intentando arrollar al primer golpe al ejército Toltecatl; mas este se defendió vigorosamente, rechazando al enemigo, á quien causó mucha pérdida, y despues de haber peleado todo el dia, se retiraron á la noche entrambos ejércitos, dejando indecisa la victoria.

Así continuaron per espacio de cincuenta dias, en que fué horrible la carnicería que se hizo de una y otra parte. Mas habiendo llegado los otros dos reyes con sus ejércitos de refresco, y tras ellos gran número de tropas que les venian de refuerzo de sus estados, no pudiendo ya sostener el ataque los Toltecas, determinó el rey retirarse con ellos á la corte de Tollan. Siguieron el alcance los enemigos; mas los Toltecas, retirándose en buen orden, se defendian. De Tollan se retiraron á Xaltocan, de aquí á Teotihuacan, y de aquí á Totolapan, y al llegar á un pueblo llamado Xochitlapan, en una escaramusa perdió la vida el viejo rey Tecpancaltzin á manos del rey Xiuhmancaltzin, y la reina Xochitl á manos del rey Cohuanacotzin, defendiéndose valerosamente, hasta que llena de heridas cayó difunta.

Este fué el fin que tuvo el infeliz rey Tecpancaltzin, de mas de ciento y cincuenta años de edad, y este fué el paradero de los amores de la hermosa Xochitl, origen de toda esta desdicha y destruccion de un reino tan floreciente, habiendo Topiltzin malogrado con solo un error los singulares talentos de que le dotó el cielo, y

oscurecido con sola esta mancha las otras muchas prendas de que estaba adornado, y le hicieron tan glorioso en los diez años primeros de su reinado.

No es ménos deplorable la infausta suerte de Xochitl, á quien hizo traicion su misma hermosura, que acompañada del noble espíritu, alto talento y sabia conducta, la hubieran hecho en otras circunstancias digna del mayor elogio. En este mismo reencuentro murieron aquellos dos príncipes, Quauhtli y Maxtlatzin, que juraron á Topiltzin, de quienes hablamos en el capítulo treinta.

Orgullosos los reyes vencedores siguieron el alcance á Topiltzin, en cuya demanda iba ya adelante el rey Huehuetzin; mas Topiltzin viéndose ya perdido y sin remedio, se ocultó en una cueva en Xicco, junto al pueblo de Tlamanalco. El general Huehuetenuxcatl continuó la fuga con los pocos que le siguieron hasta poco mas adelante de Tlamanalco, donde habiéndoles alcanzado los enemigos, se dió la última cruel batalla, en que quedó muerto el general, y enteramente derrotados los Toltecas, escapando algunos con la fuga, quienes se refugiaron en lo mas alto de los montes y dentro de las lagunas.

Señalan el día de esta memorable derrota con la mayor puntualidad en el año de un pedernal, en el día yei olin (tres movimientos), último del sexto mes llamado Tozcotzintli, y tercero de su semana, que segun mi cómputo fué el día primero de junio de 1116 de la era cristiana.

En esta derrota pereció tambien el hijo menor de Topiltzin llamado Xilotzin, porque habiendo alcanzado los enemigos á la ama y criados que le llevaban, á él

y ellos los hicieron pedazos. Pochotl, que era el mayorcito, escapó felizmente la vida: porque la ama que le cargaba, llamada Toxcuoye, se adelantó con algunos criados, y lograron esconderle en la sierra de Toluca. Al día siguiente los reyes coligados recogieron sus tropas, y repartiéndolas en varios trozos, entraron á saco todas las ciudades principales, de cuyos templos, palacios y casas sacaron grandes tesoros de oro, plata, plumas, mantas y otros tejidos preciosos, y las demas cosas para ellos estimables, arruinando muchos edificios, y quemando muchas casas, y aun poblaciones enteras; y ricos con todo este tesoro, volvieron á emprender su marcha para sus estados, dejando enteramente asolada la tierra.

Duró la guerra tres años y dos meses, y en ella asientan haber muerto de los toltecas tres millones y doscientas mil personas, incluso los sacerdotes, viejos, mugeres y niños, que mataron indefensos los que entraron á saco las ciudades, y de los enemigos dicen haber muerto dos millones y cuatrocientos mil hombres, que juntas entrambas sumas componen la de cinco millones y seiscientas mil personas (1). Horrible estrago, y prueba de los numerosos ejércitos que entrambas potencias pusieron en campaña.

Las poblaciones que lograron no fuese en ellas tan grande el destrozo fueron Mollanzihcohuac, Mazatepec, Totzatepec, Totoltepec, Quanhquechollan, Cholollan, Tepexoma, Cotlazalan, Chapoltepec y Cul-

(1) Esta mortandad supone una poblacion numerosísima en que con dificultad convendrán los críticos, porque no hay razon alguna que la haga verosímil; pero los escritores antiguos echaban millones á ojo.

huacan; y en esta última se recogieron las pocas reliquias que quedaron de la nobleza. De los que huyeron, muchos se retiraron hácia las costas de uno y otro mar, y de ellos tuvieron origen algunas cuadrillas que en los tiempos sucesivos volvieron á estas partes á establecerse, como se verá adelante; y tambien se formaron de estas gentes dispersas algunas poblaciones de toltecas en Quauhtemalan, Tecoantepec, Quauhtzacoalco y Campech.

CAPITULO XXXIV.

Sale Topiltzin de la cueva de Xicco, y congrega en Culhuacan las reliquias de sus gentes, á quienes procura consolar. Dales parte de su determinacion de ir al imperio Chichimeca á procurar socorros, deja encargado el gobierno á Xiuhemoc, y la crianza de su hijo. Parte con pocos criados, y llega á la corte Chichimeca donde se queda hasta su muerte.

Toda la duracion del reino Toltecatl, contándola desde la eleccion de su primer rey Chalchiutlanetzin hasta su destruccion, no fué mas que de trescientos noventa y siete años; pero en ellos se extendieron sus límites á casi mil leguas de Norte á Sur, y ochocientas de Levante á Poniente, y fué tan numeroso su gentío que hasta los montes estaban poblados. Vestigios de esto se encuentran todavía en nuestros dias; de suerte que aunque despues vinieron á ocupar estas regiones las muchas naciones que veremos adelante, nunca llegó á ser tanto el gentío, como en el reinado de los

toltecas, porque aquellas naciones desde los principios tuvieron guerras unas con otras, y habiendo llegado despues á su mayor auge la idolatría, eran continuos los sacrificios de sangre humana, y así tuvieron siempre motivos de destruirse; mas como los toltecas gozaron de una imperturbable paz y felicidad, acompañadas de unas vidas muy dilatadas, se multiplicaron prodigiosamente, y cada dia se aumentaban las poblaciones.

Eran los toltecas de una estatura mas que regular, tanto que aun en los tiempos posteriores se distinguian entre las demas naciones, y eran conocidos por lo alto de sus cuerpos. Eran blancos, y aunque no tan cerrados de barba como los españoles, la tenian mas poblada que los chichimecas y otras naciones que despues vinieron á poblar; y hasta el dia de hoy se nota esta diferencia en los pocos que han quedado, y se precian de descender de los antiguos toltecas. Todos los reyes que los gobernaron, inclusa la reina Xiuhilaltzin, fueron nueve, de los cuales solo Topiltzin y la dicha reina no cumplieron los cincuenta y dos años de reinado: esta por haber muerto á los cuatro años, y aquel por haberle destronado á los veinte y cinco.

Pasados algunos dias del estrago, en los cuales Topiltzin desde la cueva de Xicco habia hecho salir á algunos de los criados que con él se refugiaron á traerle algo de comer, y á reconocer secretamente la tierra, habiendo sabido que habian partido sus enemigos, y que iban ya distantes, determinó salir de allí, y se fué á la ciudad de Culhuacan, donde hizo congregar á todos los que pudieron hallarse en todas las demas poblaciones circunvecinas, que todos llegaron al número

*